

RECENSIONES

FRANKENSTEINIANA. LA TRAGEDIA DEL HOMBRE ARTIFICIAL.

JOAQUÍN SÁNCHEZ RUIZ. Pilar Vega Rodríguez. *Frankensteiniana. La tragedia del hombre artificial*. Editorial Tecnos/Alianza, Colección Neo Metrópolis. Madrid 2002. 391 págs. ISBN 84-309-3771-4.



De los múltiples libros dedicados al tema de la complejidad del presente, desde el punto de vista de la técnica, no pocos tratan de pasada el mito del Frankenstein.

Más allá de un monstruo que evoca los límites de la ciencia, tan

en consonancia con nuestro entorno, Pilar Vega retoma la novela (¿cuántos la han leído hasta el final?) de las propias fuentes, con el rigor de una investigación universitaria.

Desde la primeras páginas, ésta es su mayor virtud y también su mayor defecto, al concebir un texto preñado de erudición, pero que no acaba de cuajar en lo que nos promete el subtítulo *La tragedia del hombre artificial*.

En un prólogo muy relajado nos introduce la autora en las consecuencias reales de la manipulación genética. El monstruo es montado a partir de la esperanza de perfección, conectando así con el *cyborg*. Desde el propio

Adán, los límites morales de la experimentación se tornan peligrosos. El progreso exponencial barre las fronteras de la ética y se impone la praxis sobre la cordura. ¿Cómo deshacerse de embriones humanos al igual que de Frankenstein?, se pregunta. La autora acuña una feliz expresión que hará época: los *Franken-foods*, y ¿por qué no?, también *Franken-sex* o *Franken-lo que sea*. La conciencia de bordear el peligro y romper la vasija de Pandora, resulta el límite que nos impele a dar una respuesta a lo que hemos creado.

EN BUSCA DE FRANKENSTEIN

El texto entra en un repaso bibliográfico por autores y publicaciones, de gran mérito documental, aunque obvia. Igualmente sólida se presenta en el aspecto de la vida melancólica de la autora, Mary Shelley (pierde a sus hijos, se cree la inductora de un suicidio familiar, vive a la sombra de su marido poeta, etc.), cuando aún era una adolescente. La narración, que nació a partir de una pesadilla, se convertirá con el tiempo en el exponente de todos los devaneos de la ciencia, en bien del progreso de la humanidad. Entonces se experimentaba la vida en relación con la electricidad galvánica. El experimento torcido engendrará el conocido monstruo, que sobrepasa la condición natural.

Las reseñas bibliográficas de la época señalan su escandaloso contenido moral, extravagante y salvaje. Un discreto éxito la hizo merecedora de una segunda edición en 1823. Pilar Vega hila entonces argumentos de otras narraciones, que se espesarán en la novela gótica que conocemos. Su

interesante hipótesis apunta a que Frankenstein terminará siendo el producto de su crítica, por las múltiples lecturas a las que se puede someter, así como por las adaptaciones al cine, la influencia ejercida en otras novelas de fantaciencia, etc. De hecho, fue una adaptación al teatro la que condensó el texto hasta lo que popularmente se conoce, eliminando muchas partes dispersas. A partir de entonces, se centrará definitivamente en la malévolos cuestión de la concepción de un monstruo, como icono del cine de terror.

En las subsiguientes versiones, el monstruo se mecaniza y pierde su sensibilidad humana. Después, acabará haciéndose una ensalada con momias, vampiros y hombres lobo. Pocos se acuerdan que el doctor Frankenstein pretendió en la novela crearle una compañera, que peregrinará al Polo, o que el engendro no era idiota, hablaba y no vestía harapos.

Frankensteiniana, el título elegido por Pilar Vega para su trabajo, fue la firma de una tesis doctoral de Dippel, todo un personaje que inspiró el Fausto a Goethe. Aquél se inició en las disecciones de cadáveres en el castillo de los Frankenstein y se creía que había hecho un pacto con el diablo. A través de los capítulos, la autora va desgranando pacientemente los personajes y los temas transversales, origen o consecuencia de la narración (El golem, Prometeo, etc.). Tanto el golem como el monstruo de Frankenstein progresan en su conocimiento y terminan por querer matar a su creador. Recordemos que el libro original de Shelley se titulaba *El moderno Prometeo*, el insurrecto contra las normas de la Naturaleza, que pagará un alto precio por interferir en los deseos superiores.

Cuando la autora pasa a describir autómatas, el texto se actualiza por momentos. El robot

cyborg, concebido para sustituir al ser humano en tareas penosas o peligrosas nace para la exploración espacial, como un compendio de sangre y muelles. Si Frankenstein trata de animar la materia muerta, hoy se intenta inanimar la materia viva, para fabricarse así la eternidad y escapar del determinismo del ADN. Es interesante destacar la idea que el parto resulta monstruoso en virtud de la masculinidad del creador: es un compendio, un agregado, nunca nacido de una separación natural, desmembrándose de la ceba madre.

Frankenstein habla no sólo de transgresión, sino de soledad y castigo del superhombre, que trata de resolver las paradojas de la vida y el cumplimiento de los deseos. El deseo de lo prohibido, la sinrazón a partir del aislamiento, la ambición del saber. Experiencia contradictoria para quienes, como nosotros, se dedican a la creación. El doctor Frankenstein terminó, como dice el acervo popular, quemando su propia casa para asar el cordero, argumento muy en línea de la época romántica en la que fue escrito (el mal en absoluto, la soledad en absoluto, la absoluta creación en manos de los hombres, la soberbia, etc.). Tal vez el defecto más torpe de todos fue llamar a la vida a alguien, para después renegar de él.

Pilar Vega rescata la narración original y su marco de comprensión, enriqueciendo nuestra mediana visión de un monstruo convertido en icono. Libro bien escrito, aunque de no fácil lectura, pues al leerlo se tiene la impresión de estar ante una tesis, lo que la convierte en algo espeso (tal vez demasiados nombres e historias). Por otra parte, utiliza bibliografías recientísimas (se agradece que ordenadas por materias), que incorpora a su texto.

JOAQUÍN SÁNCHEZ RUIZ